

## MARTE Y VENUS: GUERRA Y RELACIONES INTERNACIONALES DE LA CASA DE AUSTRIA

H.G. Koenigsberger\*

*Bella gerant alii! Tu, felix Austria, nube!  
Nam quae Mars aliis, dat tibi regna Venus!*  
[¡Que otros hagan guerras! ¡Tu, feliz Austria, cástate!  
¡Pues los reinos que Marte da a otros, a tí te los da Venus!]

Este famoso *bon mot*, adaptado según parece de Ovidio, se atribuye a Matías Corvino.<sup>1</sup> Sería utilizado en banquetes cortesanos por toda Europa y, más tarde, en los libros de historia. Pero, ¿por qué acuñó Corvino esta agudeza y qué pudo significar en la sociedad política de la Europa moderna? El fundador de la famosa Bibliotheca Corvina tenía ciertamente pretensiones de humanista. También sabía de Marte, pues no en vano había sido elegido rey de Hungría por su valor en la guerra contra los turcos; además, se enfrentó a los Habsburgo y conquistó Viena, y no hay indicios de que subestimara la capacidad militar de la Casa de Austria. También sabía de Venus, sin duda, pues casó con una princesa aragonesa que acariciaba pretensiones dinásticas

---

(\*) Conferencia inaugural de las "Ramón Pérez de Ayala Lectures", auspiciadas por la Embajada de España en Londres, pronunciada en la Universidad de Portsmouth el 9 noviembre 1994. La redacción de *Pedralbes* agradece al autor su permiso para esta traducción, así como la colaboración del Dr. Dámaso de Lario. Traducción de X. Gil.

1. G. Büchmann, *Geflügelte Worte*, Constanza-Stuttgart, 1950, p. 295. Ovidio: *Bella gerant alii! Protesilaus amet.*

al reino de Nápoles. Conocía la devoción de los Habsburgo por Venus, estaba al corriente del decisivo casamiento de Maximiliano de Austria con María de Borgoña y era suficientemente respetuoso con la diosa como para reconocer las pretensiones hereditarias de los Habsburgo a la propia Hungría.<sup>2</sup> No era consciente, sin embargo, de todo el alcance de esta devoción, a saber, los grandiosos planes de los Habsburgos para establecer alianzas dinásticas que cubrieran prácticamente toda la Europa cristiana con el propósito de reconquistar Constantinopla de los turcos, en cuyas manos había caído menos de cuarenta años antes, y reunir las partes occidental y oriental del Imperio Romano. Maximiliano no acabó de perfilar estos planes hasta después de la muerte de Corvino.<sup>3</sup>

Constantinopla nunca fue reconquistada, pero los resultados de la política dinástica de Maximiliano eran más que apreciables: el imperio de su nieto Carlos V en Europa o, para caracterizarlo de un modo más preciso, la monarquía compuesta de la Casa de Austria en Europa. De esta monarquía compuesta España iba a ser la columna central y el fulcro de la política europea durante dos siglos.

Aún así, la popularidad y longevidad del *bon mot* de Corvino causa cierta perplejidad. ¿Había realmente un tal contraste entre Marte y Venus? ¿Eran alternativos? ¿Optó la Casa de Austria por Venus, con buen sentido y quizá suerte, mientras que todos los demás optaron torpemente por Marte? Los objetivos supremos de Maximiliano eran bélicos, la reconquista militar de Constantinopla. Carlos V alimentó sueños parecidos, si bien tanto él como sus portavoces (su tía, su hermana y sus ministros) solían destacar la defensa militar ante los turcos, más que nuevas conquistas bélicas. Además, todo el mundo sabía, aunque era algo que apenas se admitía, que el reino de Venus estaba crizado de celos, al igual que sucedía con los relatos clásicos sobre la diosa. Hasta las pretensiones hereditarias más firmes eran disputadas y, al mejor estilo de Clausewitz, las políticas dinásticas solían llevar a guerras e incluso a guerras repetidas. En este ensayo quiero plantear hasta qué punto las políticas dinásticas y sus frutos, las monarquías compuestas, influyeron y quizá determinaron la naturaleza de las relaciones internacionales, especial-

---

2. Jean Bérenger, *A history of the Habsburg Empire, 1273-1700* (traducción inglesa de C.A. Simpson), Londres-Nueva York, 1994, p. 97 (traducción, Barcelona, 1993).

3. H. Angermeier, "Der Wormser Reichstag 1495 in der politischen Konzeption König Maximilians I", en H. Lutz, ed., *Das römisch-deutsche Reich im politischen System Karls V*, Múnich, 1982, pp. 1-13.

mente las de la Monarquía española en los siglos XVI y XVII. Si Venus no desplazó a Marte, ¿cómo influyó en éste la progeñie de aquélla?<sup>4</sup>

Durante los mil años de la Edad Media las guerras y las relaciones internacionales europeas habían adquirido limitaciones muy claras y firmes. Los romanos habían conquistado su imperio en gran medida mediante una guerra ilimitada. Desde la constante exhortación de Catón de que Cartago debía ser destruida, hasta la escalofriante advertencia de Augusto de que perdonaría magnánimamente la vida de los pueblos conquistados si no oponían nuevas amenazas, o hasta el famoso comentario de Tácito a propósito de sus compatriotas de que “crean un desierto y le llaman paz”,<sup>5</sup> los romanos practicaron la guerra total. Su objetivo era la derrota o destrucción completa de sus enemigos y la romanización de los pueblos supervivientes, por lo menos en la mitad occidental del Imperio. Los bárbaros germánicos del siglo V no pretendían destruir el Imperio Romano, aunque esto es lo que hicieron, de modo intencionado o no. Atacando como tribus enteras, practicaron efectivamente la guerra total. Y esto fue también lo que el emperador Justiniano hizo en su gran contraofensiva del siglo VI.

Pero a medida que cristalizaban los estados sucesores del Imperio Romano y se consolidaban nuevos grupos dirigentes, los objetivos y métodos de la guerra se hicieron paulatinamente más limitados. La Reconquista llevada a cabo por los reinos cristianos hispánicos tuvo rasgos de guerra total, pero también de una persecución novedosa de objetivos dinásticos por parte de príncipes o de aquéllos que, como el Cid, aspiraban a serlo.

Para el siglo XV el sistema de estados de la Europa católica estaba ya bien establecido. Algunos dirigentes y familias de dirigentes podían todavía ser derrocados. Provincias e incluso principados enteros podían cambiar de manos, pero, por regla general, no eran destruidos. Maquiavelo pensaba que un príncipe podía verse obligado a destruir una provincia recién adquirida, pero no pensaba que ésta fuera una buena medida y antes bien aconsejó al príncipe que residiera en esa nueva provincia o que la dejara vivir bajo sus propias leyes, toda vez que la mejor fortaleza del gobernante era no ser odia-

---

4. Parte de las consideraciones que siguen se vieron estimuladas por el debate en curso sobre la naturaleza de la guerra total en el siglo XX y en especial por la conferencia inaugural del Profesor J.R. Overy, “The rise and fall of total war”, en el King’s College de Londres, el 11 de mayo de 1994.

5. Plutarco, *Vida de Catón*: “Ceterum censo Carthaginem esse delendam”; Tácito, *Agricola*, 30: “Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant”.

do por el pueblo.<sup>6</sup> Los soldados ya no eran guerreros tribales y, para romántico desmayo de Maquiavelo, los mercenarios profesionales se revelaron muy superiores a las milicias movilizadas sólo cuando la ocasión lo requería en defensa de su patria. Si alguien se veía envuelto en las luchas o tenía la mala suerte de hallarse en su camino, la guerra podía resultarle tan total como cualquier teórico o romántico pudiera pensar. “La guerra es bella para los que no la conocen”, dijo Erasmo.<sup>7</sup> Incluso los príncipes y generales más agresivos admitían que los soldados mal pagados solían escapar a todo control y “devorar a los pobres campesinos”. Pero, si bien es cierto que la violencia siguió siendo parte inherente a la sociedad europea, sus objetivos se habían vuelto más limitados, salvo algunas excepciones locales.

Fue esta sociedad la que desarrolló un sistema de relaciones internacionales basado en los derechos de propiedad y en la herencia. La guerra y las conquistas estaban destinadas a hacer valer esas pretensiones. Con la elevada tasa de mortalidad infantil de aquella época, siempre era posible recibir una herencia, incluso de parientes lejanos, y un historiador actual ha establecido un símil entre los casamientos dinásticos de las herederas y la práctica de las corporaciones multinacionales del siglo XX de adquirir acciones de compañías rivales.<sup>8</sup> Para que estas medidas funcionaran sin dificultad, los príncipes europeos pusieron en pie un elaborado sistema de diplomacia permanente y formalizada, con embajadores residentes en las cortes de aquellos príncipes con los que era más probable que fueran a tener tratos, fuesen éstos amistosos u hostiles. La famosa expresión de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política por otros procedimientos era cierta para este sistema de relaciones internacionales. Pero darle la vuelta a Clausewitz no resultaría serlo menos: la política y la diplomacia eran la guerra por otros medios.

El sistema político predominante entre los estados europeos era el de *dominium politicum et regale*. En tal sistema, y en contraste con lo que era un *dominium regale*, la soberanía del rey estaba limitada no sólo por el imperativo moral de cumplir la ley, como era el caso de Francia, y por su aparato administrativo, que era relativamente pequeño y solía escapar a su control

---

6. Maquiavelo, *El Príncipe*, caps. 5 a 20.

7. Citado por J.R. Hale, *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*, Madrid, 1990, p. 131.

8. Bércenger, *Habsburg Empire*, p. 3.

efectivo, como sucedía en todas partes, sino también por limitaciones en sus facultades de legislar o fijar impuestos fuera de sus dominios como señor feudal sin el consentimiento de los estados.<sup>9</sup> El sistema de *dominium politicum et regale* se adecuaba admirablemente bien a la adquisición de diversos dominios por un príncipe. Al subir al trono, bien fuera por herencia, compra-venta o conquista, prestaba juramento de respetar las leyes y privilegios vigentes de sus nuevos súbditos. En la práctica podía intentar cambiar algunas de esas leyes, sobre todo confiriendo beneficios eclesiásticos y cargos a los autóctonos. Tales medidas siempre creaban problemas, como le sucedió a Carlos V cuando llegó a España por primera vez y el nombramiento de unos pocos borgoñones contribuyó a encender la revuelta de los Comuneros. Pero tales estallidos eran relativamente raros. A veces los mismos coetáneos se sorprendían de la facilidad con que los pueblos aceptaban a un gobernante “extranjero” como a su príncipe. Así, en 1580 el embajador veneciano en Nápoles, uno de los muchos reinos que reconocían a Felipe II como su rey, se maravillaba de que

nunca ha habido un reino como este de Nápoles, que ha caído tantas veces sin haber caído y que, en sometimiento perpetuo y habiéndose convertido tantas veces en su propio enemigo, haya siempre ostentado, con la grandeza de sus propios enemigos, libertad y dominio.<sup>10</sup>

De hecho, esta actitud no era tan inusual como la de los patricios venecianos, con su alto grado de espíritu cívico. La mayoría de los nobles y patricios europeos valoraban sus leyes, privilegios y carreras por encima de la nacionalidad. Marco Antonio Colonna escribió a Felipe II en 1577, al ser nombrado virrey de Sicilia:

No soy de aquéllos que dicen que Vuestra Majestad los ha arrancado de su casa cuando nunca deseaban un cargo. Al contrario, soy de los que más han querido emplearse en el servicio de Vuestra Majestad, y sabe Dios que no he deseado nada con un objetivo más sincero y honorable, ni más desnudo de engrandecimiento personal o pasiones privadas.<sup>11</sup>

---

9. H.G. Koenigsberger, “*Dominium regale* o *Dominium politicum et regale*. Monarquías y Parlamentos en la Europa Moderna”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 174 (1977), pp. 460-493.

10. Alvise Lando, “*Relazione di Napoli*”, en Eugenio Albéri, ed., *Relazione degli ambasciatori veneti al Senato durante il secolo decimosesto*, serie 2, vol. V, p. 450 (traducción de la cita en inglés del autor).

11. Archivo General de Simancas, Estado, 1147, Colonna a Felipe II, 19 junio 1577 (traducción de la cita en inglés del autor).

Bien se puede ser escéptico acerca de la falta de ambiciones y pasiones privadas en Colonna. Sus enemigos, tanto en la corte como en Sicilia, lo eran, en efecto. Pero sus comentarios muestran efectivamente que las lealtades eran personales y por consiguiente, al menos entre la alta aristocracia europea, también internacionales. Había una leyenda sobre los Colonnas, muy difundida durante el siglo XIV, según la cual los Habsburgo descendían de ellos, y los mismos Colonna hacían remontar sus antepasados hasta la *gens Julia* y, de esta manera, hasta Julio César.<sup>12</sup> Con semejante genealogía, la nacionalidad era una consideración menor para las Casas de Austria y de Colonna.

Para los grupos menos privilegiados un cambio de dirigente era un asunto más delicado. En 1482 Maximiliano de Austria, entonces regente de los Países Bajos por sus hijos con María de Borgoña, se vio forzado por la asamblea representativa a firmar el tratado de Arrás con Francia, en virtud del cual la princesa Margarita se casaría con el delfín y el Artois y el Franco Condado serían cedidos en dote a Francia. Los habitantes de esas provincias no fueron consultados, pero los negociadores neerlandeses pidieron al delfín “tener en especial consideración los condados de Artois y Borgoña y sus pobres habitantes, en quienes vais a encontrar a buenos y leales súbditos hacia vos y Mademoiselle [la princesa Margarita]”.<sup>13</sup>

La súplica no era exactamente una expresión de gran ansiedad por el bienestar de una población cuya vinculación y obediencia políticas habían sido cambiadas en beneficio de las conveniencias dinásticas de su príncipe. Pero sí había algo de ansiedad en ella, y tenía su razón de ser. Cuando los gobiernos de los Habsburgo pidieron dinero a los Estados Generales para la defensa ante Francia, siempre resaltaron la gran libertad y amplios privilegios de los Países Bajos, en contraste con el régimen francés, en el cual el rey imponía a sus súbditos cargas a voluntad y mucho más onerosas. Esta era la diferencia entre el *dominium politicum regale* nederlandés y el *dominium regale* francés. Para los “pobres habitantes” del Artois esto comportó algo más que una fiscalidad recrecida. En 1484, dos años después del tratado de Arrás, Luis XI de Francia aprovechó la circunstancia de ciertos altercados popula-

12. Bérenger, *Habsburg Empire*, p. 8.

13. I.P. Gachard, ed., *Lettres inédites de Maximilien ... sur les affaires des Pays Bas, 1478-1508*, parte 1. *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, serie 2, volumen 2, Bruselas, 1851, p. 38.

res en esa ciudad –un suceso que en sí mismo no tenía nada de particular en las ciudades de la época moderna– para expulsar a sus vecinos y substituirlos por familias traídas de otras partes de Francia. En el siglo XV semejante muestra de limpieza étnica era todavía considerada inhabitual y sorprendente en la Europa occidental. Pero pronto se haría terriblemente frecuente en forma de limpieza religiosa.

Cualesquiera que fuesen las ambiciones imperiales últimas de las dinastías, el hecho de agrupar monarquías compuestas muy esparcidas limitó su capacidad de maniobra política y la efectividad de sus acciones militares. La primera de esas limitaciones se puso enseguida de manifiesto cuando Carlos de Borgoña-Austria heredó los tronos Trastámara españoles. De entrada, esta sucesión parecía constituir el éxito acumulado de la práctica Habsburgo de comprar acciones para sucesiones dinásticas mediante matrimonios. El abuelo español de Carlos, Fernando el Católico de Aragón, había seguido una práctica similar en su casamiento con Isabel de Castilla. Venus, sin embargo, no había sido suficientemente fuerte para provocar por sí misma la unión entre las dos coronas. Como primos que eran, los novios tuvieron que fabricar una dispensa papal para su boda y que adoptar tácticas calumniosas para cuestionar la legitimidad de la sobrina de Isabel. También fue necesario invocar a Marte en una guerra civil en Castilla contra el partido de la sobrina y en una guerra exterior contra su marido, el rey de Portugal.

Fernando e Isabel ganaron estas guerras, pero sus súbditos apenas se entusiasmaron. Los castellanos pusieron objeciones a que un aragonés fuera nombrado embajador en Roma y los navarros dijeron que preferían ver a un turco que a un aragonés como alcaide de la fortaleza de Pamplona. Una falta de entusiasmo similar aguardaba a Carlos de Borgoña, nieto y heredero de Fernando e Isabel y fruto de las alianzas dinásticas entre las casas de Trastámara y Austria. Cuando, al poco de llegar a España, fue elegido Sacro Romano Emperador, con el nombre de Carlos V, las Cortes de Castilla fueron muy reticentes en concederle dinero para su viaje de regreso. Se oía decir a las gentes que era mucho mejor ser rey de los reinos españoles que emperador de Alemania.

Al igual que Enrique VIII de Inglaterra, los españoles venían proclamando desde hacía tiempo que sus reinos eran imperios, lo cual quería decir que sus reyes no reconocían superior temporal. Pero este argumento jurídico, que los historiadores del siglo XX han avalado con entusiasmo, fue cuestionado precisamente por las prácticas dinásticas de crear monarquías múltiples o

compuestas. Los intereses de naciones que se reclamaban imperiales fueron de hecho subordinados a los intereses de conjuntos compuestos. Fernando consideraba las coronas de Sicilia, Nápoles y Cerdeña iguales en *status* a sus otras coronas ibéricas, aunque no necesariamente iguales en cuanto a valor práctico. Si de su segundo matrimonio, con Germana de Foix, hubiera sobrevivido un heredero, Fernando hubiera estado dispuesto a cortar los lazos entre Aragón y Castilla. Incluso en su lecho de muerte pensaba que Dios le conservaría la vida para permitirle conquistar Jerusalén, ya que había obtenido de la familia Paleólogo derechos dinásticos sobre Bizancio.<sup>14</sup>

En el caso de la política imperial de Carlos V, los recelos castellanos ante los forasteros, el resentimiento contra la rapiña borgoñona, los conflictos sociales y económicos entre la nobleza y las ciudades y los errores tácticos en la conducción de las Cortes castellanas por parte de los ministros de Carlos provocaron el estallido de la revuelta de los Comuneros, una revuelta que a punto estuvo de costarle a Carlos sus tronos españoles. Costó tiempo recuperar a las elites castellanas para un nuevo papel como líderes efectivos de la monarquía compuesta de la Casa de Austria. Mientras tanto, las medidas más eficaces que la corona pudo tomar fueron de patronazgo. Y es que la monarquía compuesta de la Casa de Austria proporcionaba oportunidades para carreras militares brillantes, gobiernos de provincias e incluso virreinos para la nobleza, obispados y abadiatos para el alto clero y ricos pellizcos en los consejos y administración real para la baja nobleza, abogados y burócratas.

Para aquéllos de sus súbditos que no sacaban provecho directo de las nuevas adquisiciones de su príncipe, la perspectiva de convertirse en parte de una vasta monarquía compuesta no resultaba tan prometedora, ni mucho menos. Después de todo, les tocaba financiar las ambiciones de su rey. Los ministros Habsburgo más perspicaces eran bien conscientes de esta actitud. En junio de 1520, cuando, camino de Aquisgrán para su coronación imperial, se alejaba de Castilla y de su incipiente revolución, Carlos V convocó los Estados Generales de los Países Bajos en Bruselas. Su gran canciller, el italiano Mercurino Gattinara, se dirigió a la asamblea. En primer lugar, intentó justificar los muchos títulos carolinos, que no habían sido adquiridos por

---

14. J.M. Headley, "Germany, the Empire and Monarchia in the thought and policy of Gattinara", en Lutz, ed., *Das römisch-deutsche Reich*, p. 17.



ambición, sino para servir a toda la comunidad cristiana y, en particular, a los Países Bajos, sus estados patrimoniales. A estos efectos, al ser elegido como Emperador, Carlos había gastado cerca de dos millones para pertrechar tropas contra los turcos, equipar barcos que navegaran al Nuevo Mundo y cubrir gastos de guerras locales en Frieslandia y Gueldres. Pero las perspectivas eran magníficas, continuó, pues la mano de Dios estaba claramente del lado de Su Majestad y los Países Bajos iban a obtener grandes riquezas de la posición de su príncipe, pues, en el futuro, iba a bajar los impuestos. “Todas estas cosas Su Majestad ha querido comunicáros las”, concluyó el gran canciller, “a causa de la total confianza que tiene depositada en vuestra lealtad, de manera que así podáis conocer el entero estado y disposición de sus asuntos”. Pero ahora, naturalmente, tenían que ayudarle generosamente con donativos de dinero.<sup>15</sup>

El discurso de Gattinara constituye una de las justificaciones más sistemáticas formuladas durante este período acerca de los beneficios espirituales y materiales de las monarquías compuestas. Pero también afloran en él sus limitaciones. La política exterior, guerra y paz, eran aún facultades privativas del príncipe. Marte y Venus habían sido dignificados por la convicción de que sus objetivos y su progenie legítima formaban parte de la Providencia del Dios cristiano. No era del todo nuevo que Mamón acompañara a los dioses griegos en recibir la aprobación cristiana: había sucedido en la elección imperial de 1519 en forma de sobornos masivos financiados por préstamos del banco de los Fugger. Pero ahora el emperador debía justificar sus decisiones ante las asambleas representativas de sus distintos dominios para obtener de ellas fondos para proseguir en su política. Tal justificación no era siempre fácil. Los intereses del príncipe y los de sus dispersos dominios no coincidían siempre de una manera tan patente como Gattinara había indicado. Los castellanos querían continuar su Reconquista por el norte de África, los catalanes estaban más interesados en Nápoles, incluso pese a que esto comportara guerra con Francia, los neerlandeses sólo aceptaban de palabra la necesidad de defender la Cristiandad ante los turcos, pues el peligro turco les parecía lejano e irreal. Entretanto, era difícil coordinar sus intereses con los del emperador, incluso en asuntos que les afectaban directamente.

---

15. Archives Générales du Royaume, Bruselas, *Recueil de propositions faites aux États Généraux*, I, fols. 9-13.

La situación política en el Báltico, compleja y revuelta, mostró esta dificultad con toda claridad. Para los neerlandeses, y en particular los holandeses, el acceso libre de sus barcos al Báltico era vital y, según le recordaron a Carlos V repetidamente, le proporcionaba gran parte de sus propios ingresos. Por lo tanto, necesitaban mantener buenas relaciones con quienquiera que controlara el estrecho del Sund. Cuando los daneses derrocaron a su rey, Cristian II, en 1523, los holandeses eran resueltos partidarios de aliarse con sus oponentes y sucesores, Federico I y Cristian III. Sin embargo, el depuesto rey se casó con la hermana de Carlos V, Isabel, y, aunque los Habsburgo le detestaban en el terreno personal, no querían dejarle abandonado, ni a él ni a sus hijos. Entre los intereses dinásticos y los intereses de los Países Bajos, la política imperial en el Báltico quedó de hecho paralizada.<sup>16</sup>

Con todo, el Báltico era una cuestión lateral para la Casa de Austria. No así Francia. Pero incluso con Francia, la cuestión era tanto dinástica como de puro poder. Francisco I hizo la graciosa observación de que su rivalidad con Carlos V venía de cuando ambos, jóvenes caballeros, cortejaban a la misma dama, esto es, la corona imperial. Formalmente, las cuestiones seguían siendo asuntos de pretensiones dinásticas sobre países concretos: Borgoña y el Artois, Nápoles y Milán. Pero ambos príncipes eran plenamente conscientes de que lo que se hallaba en juego era el dominio de Francia o de la Casa de Austria sobre la Europa cristiana; y este choque por el dominio pasó por delante, una y otra vez, de todas las demás cuestiones, incluida la defensa de la Cristiandad frente a los otomanos.

Carlos, no menos que Francisco, se tomó esta rivalidad como algo personal, aunque no era hombre muy dado a hacer bromas al respecto. Con ocasión de su visita a Roma en 1536 habló con el Papa después de la misa de Pascua y ofreció un combate personal con Francisco I que, como un juicio de Dios, decidiera todos los litigios entre ambos y, de esta manera, evitara otra guerra entre cristianos.<sup>17</sup> Significativamente, los mismos ministros del emperador explicaron a continuación a los embajadores franceses que su señor no les había consultado sobre su teatral gesto. En otras palabras, la diplomacia europea se había hecho tan formalizada y profesionalizada que

---

16. R. Hüpke, *Die Regierung Karls V und der europäische Norden*, Lübeck, 1914; J.D. Tracy, *Holland under Habsburg rule, 1506-1566*, Berkeley, 1990, pp. 90-114.

17. Karl Brandt, *Kaiser Karl V*, Múnich, 1959, pp. 313-315 (traducción, México, 1993); Manuel Fernández de Alvarez, *Charles V*, traducción al inglés de J.A. Lalaguna, Londres, 1957, pp. 106-107.

actos emocionales como el reto lanzado por el emperador eran considerados extraños.<sup>18</sup>

Y pese a todo, ambos dirigentes intentaron en varias ocasiones asentar su rivalidad de grandes potencias mediante acuerdos dinásticos. La más famosa de todas, pero ciertamente no la única, fue la llamada “alternativa” de 1544. Se propuso que el segundo hijo de Francisco, el duque de Orleans, se casara con la hija de Carlos y que recibiera en dote todos los Países Bajos. O bien, como otra posibilidad, Orleans se casaría con la sobrina de Carlos, la hija de Fernando, y el ducado de Milán sería la dote. La discusión de esta cuestión en el Consejo de Estado español mostró a Venus y a Marte diametralmente opuestos. Los consejeros civiles y los teólogos, así como Carlos y su hermana María, desde Bruselas, argumentaron a favor de retener la herencia familiar borgoñona-habsburguesa de los Países Bajos. En cambio, el duque de Alba y otros generales en el Consejo se inclinaron por retener el recién adquirido ducado italiano porque los Países Bajos no serían militarmente defendibles en caso de que el príncipe no residiera allí.<sup>19</sup> A la larga, resultó que Alba estaba en lo cierto, aunque hizo todo lo que ferozmente pudo para probar que no era sí.

Para respiro de la corte y de la familia Habsburgo, todas estas propuestas se fueron por los suelos cuando el duque de Orleans murió. Reemprendieron las guerras Habsburgo-Valois, convertidas cada vez más abiertamente en luchas de poder por el control de Italia y, con Italia, según creía la elite europea educada en los clásicos, el liderazgo político de Europa y del mundo. Ambos bandos destinaron más y más recursos a estas guerras hasta que el agotamiento financiero, en forma de bancarotas estatales, las obligó a ambas a firmar la paz (tratado de Cateau-Cambrésis, 1559).

Durante estas fases ulteriores de la guerra se habló de la *Christianitas afflicta*, la Cristiandad afligida.<sup>20</sup> Una guerra dinástica, que se prolongaba por tanto tiempo, estaba generando sus propios parámetros militares. Uno y otro

---

18. Peter Rassow, *Karl V*, Gotinga, 1957, p. 50.

19. Manuel Fernández Álvarez, ed., *Corpus documental de Carlos V*, vol. 11, Salamanca, 1975, pp. 299-311; Federico Chabod, “Contrasti interni e dibattiti sulla politica generale de Carlo V”, en P. Rassow y F. Schalk, eds., *Karl V: Der Kaiser und seine Zeit*, Colonia-Graz, 1960, pp. 51-66; del mismo, “¿Milán o los Países Bajos? Las discusiones en España sobre la ‘alternativa’ de 1544”, en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958, pp. 367-370.

20. H. Lutz, *Christianitas afflicta. Europa, das Reich und die päpstliche Politick im Niedergang der Hege- monie Kaiser Karls V (1552-1556)*, Göttingen, 1964.

contendiente sólo negociarían desde una posición de fuerza. Lo llamaban “después de una buena victoria”. Además, el oponente tendría que mostrar señales de arrepentimiento moral para que fuera tomado como un negociador fiable. Ante la imposibilidad de asestar un golpe militar definitivo, tales preceptos resultaban ser una fórmula infalible para la perpetuación de la guerra. Consiguientemente, y con toda lógica, la Casa de Austria recurrió de nuevo a la política de matrimonios: el de Felipe con María de Inglaterra.<sup>21</sup> Pero, de modo igualmente característico en la política de Venus, el fracaso en las tareas reproductivas y el fallecimiento de uno de los dos principales actores en este juego dejó lo que parecía un triunfo dinástico de los Habsburgo sin otro legado que recriminaciones recíprocas y una xenofobia más intensa en todos los bandos.

Pese a todo el encarnizamiento que generó y a los recursos que ambas partes destinaron a ella, el choque Habsburgo-Valois de la primera mitad del siglo XVI fue todavía una lucha por ventajas dinásticas. Sólo en alguna ocasión se deslizó hacia algo más serio, como la alianza anglo-imperial de 1523 que apuntaba, tibiamente, a la desmembración completa de Francia y a la transferencia de lo que restara del reino a Enrique VIII, en razón de los derechos dinásticos de Eduardo III, que siempre habían sido dudosos y que, para entonces, estaban ya apolillados. Las campañas militares para alcanzar tal objetivo fracasaron estrepitosamente, y los Habsburgo y los Tudor, así como sus futuros historiadores, prefirieron olvidar todo ese vergonzante plan, aunque los franceses comprensiblemente no lo hicieron.

Pero durante el mismo período, muchos países europeos, y sin duda también los gobernados por la Casa de Austria, estaban librando guerras que no eran dinásticas y que, usando una analogía moderna, pueden ser descritas como totales. Por guerra total en la Edad Moderna entiendo guerras desencadenadas para la conquista y sometimiento más o menos completo de pueblos que eran considerados étnicamente extraños, bárbaros y heterodoxos religiosos, herejes, musulmanes y paganos. Tales guerras se parecían a las invasiones bárbaras del Imperio Romano o a las invasiones mongolas de Europa en el siglo XIII. Durante los siglos XVI y XVII hubo dos tipos de guerra total: la conquista europea de América y la confrontación entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo y los Balcanes. Se cuenta que Fran-

---

21. M.J. Rodríguez-Salgado, *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona, 1992.

cisco Pizarro, conquistador del Perú, y un monje de entre sus seguidores tuvieron un altercado. El monje declaró que el propósito de toda la expedición era llevar el Cristianismo a los indios del Perú. Pizarro replicó: “Yo he venido a quitarles el oro”.<sup>22</sup> Uno y otro objetivo, por mucho que puedan parecer diametralmente contrapuestos, son en lo esencial similares en la totalidad y en el carácter absoluto con que ambos concebían las conquistas españolas. Pertenecían a otro mundo, en el sentido literal, respecto del *ethos* de las guerras dinásticas europeas, en las que, como sucedió en el tratado de Arrás, los habitantes de una provincia nuevamente adquirida eran presentados ante su nuevo príncipe como súbditos buenos y leales, cuyas leyes y privilegios éste, según se esperaba, juraría y observaría. Aún así, incluso en el Nuevo Mundo la idea de dinasticismo era lo suficiente fuerte como para que Hernán Cortés sintiera la necesidad de inventar la teoría de unos ancestros españoles de los reyes aztecas y de los consiguientes derechos hereditarios de Carlos V a su imperio.<sup>23</sup>

El choque cultural y el sentimiento de superioridad de los españoles sobre los amerindios era, de hecho, inevitable. Se airearon dudas sobre la legitimidad de la conquista imperial, pero no en los territorios conquistados, sino en la tranquila atmósfera académica de la Universidad de Salamanca y en los debates jurídico-teológicos que precedieron a la promulgación de la Nueva Recopilación de Leyes de Indias, el cuerpo legal dictado por la corona española para proteger a la población nativa americana del poder excesivo y opresivo de los colonizadores. Es bien conocido que, sobre el terreno, en Méjico y en Perú, estas leyes fueron más ignoradas que aplicadas. Con los negros africanos, el comportamiento europeo fue aún peor. Incluso el gran Bartolomé de las Casas, admirable defensor de los indios y polemista contra el argumento aristotélico de que algunos pueblos eran esclavos naturales, no se pronunció en toda su vida contra el comercio de esclavos. En África las guerras eran siempre totales. El hecho de que los negreros europeos obtuvieron a menudo su cargamento humano mediante tratos con jefes locales africanos no modifica la naturaleza de la experiencia africana de guerra total ni la contribución europea en ella.

---

22. Lewis Hanke, *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, Madrid, 1959, p. 25.

23. J.H. Elliott, “El mundo mental de Hernán Cortés”, en su *España y su mundo, 1500-1700*, Madrid, 1990, cap. 2; Anthony Pagden, *El imperialismo español y la imaginación política*, Barcelona, 1991, cap. 1.

Dada esta experiencia europea en ultramar (el Professor Charles Boxer observó que la gran mayoría de los europeos creían que los Diez Mandamientos no regían al sur del Ecuador), no es de extrañar que algunos europeos quisieran trasladar esta experiencia a la propia Europa. Conviene citar otra vez ciertas observaciones plasmadas en una carta de Milán a Madrid. Su anónimo autor advertía al rey sobre la impopularidad de los españoles entre las naciones que “son sujetas” a “la nación y Imperio de España”, especialmente en Italia. Esta concepción fue respaldada por un funcionario en Madrid, también anónimo: “Porque estos ytalianos, aunque no son yndios, se les a de tratar como atales, de manera que ellos entienden que los entendemos y nunca piensen que nos an de entender”.<sup>24</sup>

La línea que diferenciaba un imperio de una monarquía compuesta pudo ser muy tenue a veces, pero los reyes Austrias españoles la reconocían con suficiente claridad, si bien no todos sus oficiales supieron hacerlo igual. No utilizaron el término ‘Imperio español’ para sus dominios europeos, pero se sentían orgullosos de que Dios les hubiera confiado tantos<sup>25</sup> y se complacían en enumerarlos uno por uno, por lo menos en sus documentos oficiales. La emoción no siempre era recíproca. Así, Felipe II se quejó amargamente a su regente en los Países Bajos, Manuel Filiberto de Saboya, de que los neerlandeses sencillamente no se creían en cuán gran cantidad había Castilla contribuido a su defensa en la guerra contra Francia. “Me lo agradecen aquí [en los Países Bajos] diciéndome o pensando que no me ocupo en absoluto de ellos y que prefiero un poco de suelo español a cien leguas aquí. Todo esto me preocupa y me apena mucho, pues es tan sin fundamento”.<sup>26</sup>

Mucho más próxima a la actitud de esos dos funcionarios españoles fue la de muchos ingleses en relación con los irlandeses. Los irlandeses no eran, claro está, paganos como los indios americanos. Pero se podían abrigar dudas sobre la naturaleza de su cristianismo y sobre el grado de civilización que

---

24. British Library, Add. ms. 28.399, fols. 7-9. Citado en H.G. Koenigsberger, *La práctica del imperio*, Madrid, 1989, pp. 54-55.

25. Por ejemplo, los comentarios de Felipe II a una consulta del Consejo de Italia, 11 noviembre 1589: Archivo General de Simancas, Secretarías Provinciales, leg. 984, sin foliar. Citado en Koenigsberger, *Práctica del imperio*, pp. 62-63.

26. Archives Générales du Royaume, *Les archives et les bibliothèques d'Italie*, vol. 1, manuscrits divers, 1172, fols. 225-227, Felipe II al duque de Saboya, Londres, 27 mayo 1557. Citado en H.G. Koenigsberger, *Politicians and virtuosi*, Londres-Ronceverte, 1986, p. 113, n. 60 (traducción de la cita en inglés del autor).

habían alcanzado, y de esta manera se podía justificar la expropiación de tierras irlandesas e incluso, a veces, la matanza de los que ofrecían resistencia. Aún hoy vivimos con las funestas consecuencias de las leyendas, odios y demonizaciones por parte de ambos bandos, generados a lo largo de esta colonización y su guerra, que a veces fue casi total, durante la Edad Moderna.<sup>27</sup>

En las confrontaciones entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo y en los Balcanes la globalidad de los objetivos y compromisos en ambos lados era muy clara. Para los españoles, con su experiencia de varios siglos de Reconquista y, quizá más importantes, con las leyendas de la Reconquista, tales compromisos parecían perfectamente naturales. El nombre de su santo patrón, Santiago Matamoros, constituía un sonoro llamamiento a la guerra total.<sup>28</sup> Los tratados de paz entre reinos cristianos y musulmanes nunca podían ser más que treguas, que aplazaban, pero sin nunca cancelar, el objetivo máximo de conquista plena. Incluso cuando se reconocían los derechos religiosos de los conquistados, como sucedió con los musulmanes de Granada después de su conquista en 1492, ese reconocimiento era tan sólo táctico. La primera oportunidad, habitualmente un levantamiento local por la causa que fuese, se tomaba como justificación suficiente para derogar las cláusulas religiosas del tratado. Esta actitud nacía no sólo de la doctrina universal en la Edad Moderna de que una rebelión por parte de los súbditos eximía al príncipe de respetarles sus privilegios, sino también, en el caso de heterodoxia, de que el príncipe readquiriría el derecho de hacerles a sus súbditos el inestimable favor de conducirles a la salvación eterna imponiéndoles la religión verdadera, que no era otra sino la suya.

Tan trascendentales y altruistas sentimientos no eran muy evidentes para los que combatían, bien en tierra firme o en alta mar, y no eran muy apreciados por los habitantes de zonas fronterizas o pueblos costeros, cuyas casas eran incendiadas y que eran arrancados de ellas para ser esclavizados. Ambos lados, en efecto, pensaban en términos absolutos. Así, mientras los otomanos

27. Nicholas P. Canny, "The ideology of English colonization: from Ireland to America", *William and Mary Quarterly*, 30 (1973), pp. 575-598; D.B. Quinn, "Renaissance influences in English colonization", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª serie, 26 (1976), pp. 73-93.

28. El epíteto parecido de "Matabúlgaros" (*Bulgaroctonus*) asignado al emperador bizantino Basilio II (976-1025) sugiere que nos encontramos ante un fenómeno parecido en la percepción popular de un cierto tipo de guerra.

sitiaban Malta en 1565, García de Toledo, virrey de Sicilia y capitán general de la flota española, escribió a Felipe II que, pues él y también los turcos aspiraban al dominio sobre todo el Mediterráneo, era forzoso que se entablara una gran batalla naval y que sería mejor librarla antes de perder Malta y no después.<sup>29</sup> Dos días después expuso su opinión de manera aún más clara al secretario real Francisco de Eraso: “Juro solenemente que es la total destrucción del rey y de sus reinos y de toda la Cristiandad la pérdida desta isla [Malta]”.<sup>30</sup> Felipe coincidía con su capitán general acerca de la situación estratégica, pero sacó conclusiones diferentes acerca de la táctica: de ningún modo debía Toledo correr el riesgo de una batalla naval seria. Si la batalla iba mal, todos los dominios del rey quedarían en peligro, mientras que Malta siempre podría ser recuperada.<sup>31</sup> Es evidente que tanto el argumento de la teoría del dominó como el principio estratégico de conservar la flota eran entendidos plenamente en el siglo XVI.

Así pues, lo que estaba en juego en el choque entre cristianos y musulmanes era algo extremo: victoria total o derrota total. O así era como los protagonistas hablaban de ello. Y sin embargo, ¿abarcaban las opiniones de los generales, habituados a pensar en términos marciales, o las observaciones de los príncipes en momentos de crisis militar toda la racionalidad de la política moderna y la de la Casa de Austria en particular? A través de la correspondencia familiar publicada de los Habsburgo, de 1531 y 1532, sabemos con qué diferencias evaluaban la amenaza turca Carlos V, su hermano Fernando, rey de Hungría y Bohemia, y su hermana María, regente de los Países Bajos. Fernando, que se consideraba, con buenos motivos, el amenazado de modo más directo, pues no en vano los turcos habían ya sitiado Viena en 1529, tenía la sensación de que el emperador le abandonaba por sus propios cálculos políticos. María simpatizaba con Fernando pero le resultó bastante difícil conseguir que los Estados Generales de los Países Bajos votaran un servicio para la defensa, ante la amenaza mucho más cercana e inmediata de Francia y de su aliado, el duque de Guelders, cuyas formidables bandas mercenarias sembraron la muerte y la destrucción en Holanda y Brabante.<sup>32</sup>

29. *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, vol. 29, Madrid, 1856, pp. 167-168, Toledo a Felipe II, Mesina, 31 mayo 1565.

30. *Ibidem*, pp. 175-176.

31. *Ibidem*, pp. 310-312, Felipe a Toledo, Bosque de Segovia, 27 julio 1565.

32. H. Wolfram y C. Thomas, eds., *Die Korrespondenz Ferdinands I*, vol. 3: *Familienkorrespondenz 1531 und 1532*, partes 1-3, Viena, 1973-1984.



Carlos argumentaba que él tenía que prestar atención al panorama entero, tanto a la ofensiva naval turca en el Mediterráneo como a la terrestre por Hungría. Esto era cierto, pero no era toda la verdad ni, frecuentemente, la verdad más importante. Básicamente, Carlos V y a continuación Felipe II estaban más preocupados con Francia que con los turcos. La justificación estratégica moral y oficial de esta orientación occidental de la política exterior y militar de la Casa de Austria era la necesidad de derrotar a Francia antes de encararse seriamente con los turcos. De hecho, ni el rey francés ni el español podían librarse de ver su relación mutua como la pieza central de su respectiva política exterior, aunque ninguno amenazaba al otro con la intensidad con que lo hacía el turco. Incluso cuando acordaron, con no mucho entusiasmo, una cruzada conjunta contra los otomanos, su cooperación efectiva se frustró a causa de disputas sobre quién iba a encabezarla. La guerra entre Habsburgos y Valois era, en cambio, una ocupación familiar alentadora, en la que, si era preciso, siempre se podía esperar acabarla con una buena victoria, seguida de un adecuado enlace matrimonial entre ambas familias. Incluso en el caso de Fernando, una vez que hubo pasado el peligro inmediato de una ofensiva turca, el asegurarse la herencia de las coronas de Bohemia y Hungría se antepuso a todos los otros asuntos.

No es de extrañar que las potencias cristianas intentaran integrar a los otomanos en el sistema de poder europeo. Las alianzas matrimoniales con ellos estaban descartadas, por supuesto. Los Habsburgos ni siquiera reconocían al sultán un título, sino que, por lo menos entre ellos, siempre se referían a él como El Turco. No obstante, Carlos preguntaba ansiosamente a su hermano si Suleimán tenía intención de ponerse al frente de sus ejércitos. En tal caso, y sólo en tal caso, el emperador también saldría en persona al campo de batalla. Ambas potencias militares cristianas tenían embajadas en Constantinopla y Francia mantenía, a veces, una alianza militar con el sultán.

Una cooperación militar efectiva resultó difícil. Pero por lo menos una vez, en 1544, los franceses permitieron que la flota turca inviernara en el puerto de Toulon. Pero tomaron la precaución de usar unas cucharas largas cuando cenaban con el demonio musulmán y evacuaron la población de Toulon durante la estancia turca.<sup>33</sup> La amenaza que una alianza franco-turca suponía para España y la Cristiandad fue, salvo algunas excepciones aterra-

---

33. R.J. Knecht, *Francis I*, Cambridge, 1982, pp. 364-366.

doras, como la conquista temporal de Córcega en 1553, una cuestión sobre todo de propaganda.<sup>34</sup>

Los reyes españoles tenían sus propios aliados musulmanes. Era inevitable que interfirieran en las maniobras internas de los príncipes musulmanes locales en el norte de África. La famosa conquista de Túnez por Carlos V en 1535, saludada como la hazaña del “abanderado de Dios”, fue en realidad la restauración en su trono de un rey musulmán que había sido derrocado por una flota turco-corsaria.

Una alianza entre musulmanes y cristianos en algún punto estratégico del Mediterráneo podía funcionar pasablemente bien. Pero en un plano estratégico mayor, era incluso menos eficaz que la alianza franco-turca. Siguiendo la antigua máxima diplomática según la cual el vecino enemigo de tu vecino enemigo es un amigo y aliado potencial, los cristianos buscaron la alianza con los persas. Alguna cosa captaban de las animosidades religiosas entre sunnitas y shiítas. Y la consciencia cristiana podía tranquilizarse con la feliz esperanza de que el Sha de Persia podría ser convertido o, como algunos entusiastas aseguraban, ya se había convertido en secreto. Había esperanzas y planes para ofensivas coordinadas contra los turcos. Nunca llegaron a nada. Cada vez que el sultán enviaba sus ejércitos hacia el Este, contra los persas, la Europa cristiana, lejos de aprovechar la oportunidad para lanzar un ataque contra el turco, daba un suspiro de alivio y volvía agradecida al confort de sus propios conflictos, segura de que, por lo menos ese año, no habría peligro de una ofensiva otomana seria en el Mediterráneo o en Hungría. Para los persas era en esencia la misma cuestión, aunque al revés. El problema de una cooperación estratégica sobre distancias tan vastas era ciertamente formidable, pero durante aquel mismo período los europeos libraban guerras a distancias incluso mayores en los océanos, en América y en Asia oriental. El fracaso de la cooperación cristiano-persa se debió tanto a preconcepciones psicológicas como a problemas físicos.<sup>35</sup>

Había, pues, dos tipos de guerra y de relaciones internacionales en los siglos modernos, el limitado y el ilimitado o total (para utilizar, por analogía,

---

34. Agradezco a la Dra. Rodríguez-Salgado que me haya señalado este suceso. Véase su *Un imperio en transición*, p. 160.

35. Jean Bérenger, “La collaboration militaire franco-ottomane à l'époque de la Renaissance”, *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, 1987, pp. 55-70; B. von Palombini, *Bündniswerben Abendländischer Mächte um Persien 1453-1600*, Wiesbaden, 1968.

un término actual). El tipo limitado era el que se aplicaba entre estados cristianos. Si bien los intereses estratégicos y comerciales jugaban su papel, su objetivo era mayormente dinástico: la adquisición por un príncipe de otra provincia o principado en función de alguna pretensión hereditaria que dejaría la estructura social y las leyes de esa nueva adquisición sustancialmente intactas. Esta era la base para las grandes monarquías compuestas de la época. Por lo menos en teoría, no había límite a la agregación de tales provincias o principados. Ya en el siglo XV el emperador Habsburgo Federico III adoptó el lema *AEIOU*, *Austria est imperare orbi universo* (*Alles Erdreich ist Österreich untertan*: todo el orbe está sometido a Austria). De momento, Federico III no podía exhibir gran cosa a este respecto. Pero tres generaciones después, con la monarquía de Carlos V, el lema ya no parecía disparatado y la gente empezó a hablar, con esperanza o con miedo, de una *monarchia universalis*. El emblema de Carlos V eran las columnas de Hércules, esto es, el estrecho de Gibraltar, con la leyenda *Plus ultra*.<sup>36</sup> Se trataba de una aspiración al imperio muy distinta de la que latía bajo el lema *Tu, felix Austria, nube*. Era una aspiración a un imperio sin límites, un imperio en el cual nunca se ponía el sol. De la mano de tal aspiración vino el abandono de la guerra limitada y del *dominium politium et regale*, del objetivo de simplemente poner a un príncipe Habsburgo en lugar de otro o a la Casa de Austria en el trono de alguna dinastía real que se hubiera extinguido, con la autoridad de ese nuevo príncipe tan limitada como lo estaba antes.

También en este sentido las columnas de Hércules eran un emblema significativo, pues eran los súbditos españoles de Carlos los que tenían la experiencia y la tradición de pelear guerras totales contra infieles y paganos y los que no permitieron a la población indígena de sus colonias americanas conservar su religión ni participar en la vida política. El paso del centro de gravedad de la monarquía compuesta de Carlos V de los Países Bajos a España fue, por tanto, algo más que una consideración puramente práctica, orientada a obtener en la Península la mayor fuente de ingresos y los mejores soldados.

Sin embargo, ¿acaso no era necesario asimilar las dos tradiciones de guerra y objetivos internacionales a fin de que los orgullosos emblemas de *AEIOU* y *Plus ultra* pudieran ser realizados? ¿Pudo alcanzarse tal asimila-

---

36. Véase, entre otros, Francis A. Yates, *The Imperial theme in the sixteenth century*, Harmondsworth, 1977, pp. 1-28.

ción? Una transformación de los dominios cristianos europeos de la Casa de Austria en colonias españolas no iba a ser tomado seriamente en consideración, cualesquiera que fuesen los sentimientos más viscerales de algunos españoles en Milán y en el Consejo de Italia en Madrid. La propia España no era una unidad política, no existía legalmente el título de rey de España y el término "Imperio español" no fue utilizado para los dominios europeos de la Casa de Austria hasta últimos del siglo XVI.

Aún así, a mediados del siglo irrumpió en Europa un nuevo factor que transformaría durante casi un siglo la política y la guerra dinásticas en algo espantosamente similar a los objetivos y guerra ilimitados de las conquistas coloniales españolas y de las guerras entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo y en los Balcanes. Este factor era la religión, la Reforma y la Contrarreforma, la organización política y militar de los creyentes de confesiones rivales en partidos revolucionarios dentro de los estados y en enfrentamientos entre estados con credos religiosos distintos y su injerencia en las guerras civiles religiosas de sus vecinos.

No era este un fenómeno completamente nuevo en Europa. En la primera mitad del siglo XV habían tenido lugar la revolución hussita en Bohemia y las "cruzadas" católicas contra la misma. Las guerras que derivaron de este conflicto habían sido espantosas por su ferocidad y su capacidad de destrucción.

En contraste con las revueltas sociales y nacionales, la incorporación de emociones religiosas solía envolver todos los otros conflictos sociales y políticos, normalmente mucho más manejables, generándose una especie de guerra total que se expandía por amplias zonas geográficas. Fue el miedo a semejante escalada lo que indujo a Carlos V a presentar su acción contra la Liga de Esmalkalda, la liga de príncipes y ciudades luteranas alemanes, como una acción puramente legal y política contra los que habían infringido el derecho público del Sacro Romano Imperio. Sin embargo, a su hijo Felipe, que se encontraba en España, le escribió que "nuestro fin y intención ha sido y es, como sabéis, de hacerla por remedio de la religión".<sup>37</sup> Felipe, español tradicional en este y en muchos otros aspectos, podía aceptar la causa religiosa para la guerra de modo mucho más fácil que los alemanes. En parte a causa de la actitud ambivalente del propio Lutero hacia los turcos —a veces los

---

37. *Corpus documental de Carlos V*, ed. M. Fernández Álvarez, vol. II, Salamanca, 1975, p. 490, Carlos a Felipe, Landshut, 10 agosto 1546.

caracterizó como el azote providencial de Dios sobre los cristianos-, la guerra religiosa, ni siquiera la librada contra los archienemigos de los cristianos, no fue universalmente aceptada ni defendida en Alemania hasta la década de 1590.<sup>38</sup>

Pese a la confianza que le hizo a Felipe, Carlos V no planteó la guerra contra la Liga de Esmalkalda como una cruzada o una guerra total. Su objetivo era un acomodo de la cuestión religiosa en Alemania y el fortalecimiento de la autoridad imperial, no la destrucción completa de sus enemigos religiosos y políticos. El acomodo fue la Paz de Augsburgo, en 1555, con su famosa cláusula *cuius regio eius religio*, que confirmó la independencia casi completa de los príncipes y concejos municipales y su autoridad prácticamente absoluta en asuntos de religión. El campeón del *Plus ultra* no llegó a firmar el acuerdo,<sup>39</sup> pero éste proporcionó a Alemania medio siglo de paz, marcado por la política dinástica tradicional.

El auténtico cambio en Europa occidental vino con la difusión del calvinismo durante las décadas de 1550 y 1560. Lo que importaba no eran tanto las concretas doctrinas teológicas de Calvino sino la aparición de una serie de creencias religiosas que eran atractivas no sólo para los trabajadores pobres, como era el caso del credo anabaptista, sino también para un amplio espectro social, que abarcaba desde esos trabajadores hasta la más encumbrada nobleza, y que quería cuestionar las creencias y estructuras fundamentales de la autoridad establecida. Tanto en Francia como en los Países Bajos la nobleza calvinista empezó a organizarse militarmente y a intervenir en la política de sus estados. Fue inevitable que la autoridad establecida reaccionara de modo igualmente expeditivo. El resultado fue la guerra civil. Cuando estalló en los Países Bajos, en 1566, Felipe II encargó a su embajador en Roma que garantizara al Papa Pío V que “antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviese, porque yo ni pienso ni quiero ser señor de herejes”.<sup>40</sup>

Felipe II no pensaba en una cruzada general contra los herejes. Quería decir exactamente lo que decía: no iba a tolerar la herejía entre sus súbditos.

---

38. W. Schulze, *Reich und Türkengefahr im späten 16. Jahrhundert*, Múnich, 1978, pp. 29-57 y *passim*.

39. Agradezco a la Dra. Heide Stratenwerth que me haya indicado que Carlos no firmó el tratado.

40. *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede*, ed. L. Serrano, Madrid, 1914, I, p. 316, Felipe II a Requesens, 12 agosto 1566.

Su carta proseguía: “Si ser pudiere, yo procuraré de acomodar lo de la religión en aquellos Estados sin venir a las armas, porque veo que será la total destrucción tomallas; pero (...) si no se puede remediar todo, como yo lo deseo, sin venir a ellas, estoy determinado de tomallas y yr yo mesmo en persona a hallarme en la execución de todo, sin que me lo pueda estorvar ni peligro ni la ruina de todos aquellos payses ni de todos los demás que me quedan, a que no haga lo que un príncipe christiano y temeroso de Dios deve hazer en servicio suyo, mantenimiento de su fee catholica y autoridad y honrra dessa Sede Apostólica”.<sup>41</sup>

Se trataba de una declaración de guerra total por un rey contra sus súbditos heterodoxos. El instrumento elegido para este propósito fue el duque de Alba, un castellano en la línea del autor de aquella carta desde Milán y del que la comentó, un hombre que ya en 1540 había urgido a Carlos V a aplicar “la solución cartaginesa” a la ciudad rebelde de Gante, esto es, la destrucción total de la ciudad y la dispersión de sus habitantes. Carlos no hizo esto con Gante, pero Felipe iba a hacerlo con los moriscos rebeldes de Andalucía en 1571. Como es bien sabido, Alba hizo honor a su fama y la predicción de Felipe II de una “destrucción total” de los Países Bajos estuvo muy cerca de cumplirse. La guerra civil en los Países Bajos se convirtió en una lucha a ultranza, en la que las motivaciones y ambiciones políticas normales se entremezclaron no sólo con los temores de la gente por la suerte que fueran a correr sus derechos políticos, sino también por la salvación de sus almas. Fue esta peculiar mezcla de motivaciones lo que hizo también que la guerra se extendiera, pues las otras potencias de Europa occidental intervinieron, de un bando o de otro, tanto para su propio provecho político como por el miedo ante las consecuencias de una victoria de sus oponentes religiosos.<sup>42</sup> Este miedo encajaba bien en la idea, universal durante el siglo XVI, de que “un

---

41. *Ibidem*, pp. 316-317.

42. Geoffrey Parker, “¿Por qué duró tanto la Revolución Holandesa?”, en su *España y los Países Bajos, 15598-1659*, Madrid, 1986, cap. 2. La matanza de guarniciones que se habían rendido no era infrecuente en las guerras entre musulmanes y cristianos, y el caso quizá más notorio sucedió en 1571, cuando el comandante veneciano de Famagusta fue desollado por los turcos. Pero también hubo casos oscuros entre los cristianos. El más notable entre éstos fue el asesinato de toda la población de Narva a manos de tropas suecas bajo el mando del mercenario francés Pontus de la Gardie en 1581 (agradezco al Profesor Jeremy Blak el haberme indicado el caso de Narva). Los De la Gardie ascendieron hasta las filas de la alta nobleza sueca. La Matanza de San Bartolomé en París y en otras ciudades francesas en 1572 es un caso aparte, incluso en el terrible contexto de las guerras de religión de aquellos años.

cambio de religión comporta un cambio de estado”, y también encajaba con los argumentos sobre la peor contingencia entre las posibles defendidos por los principales devotos de Marte, los soldados profesionales. La guerra de los Países Bajos iba a durar durante ochenta años, iba a costar a la Monarquía española su posición como gran potencia en Europa e iba a destruir su unidad.

Pero la guerra total moderna no se hizo permanente. Psicológicamente, generó una repulsión parecida a la que se ha experimentado después de dos Guerras Mundiales en este siglo. Durante la Revolución Holandesa los dos bandos apenas dejaron nunca de negociar. Los grandes obstáculos para la paz eran la religión y la localización de la soberanía suprema. De modo característico ambos bandos intentaron caminar por la senda familiar del dinasticismo para hallar una solución. En 1577 los Estados Generales eligieron al sobrino del rey, el archiduque Matías de Austria, como su gobernador general para que gobernara en nombre del rey, pero Felipe simplemente lo ignoró. Una tregua en la otra guerra total, la del turco, le permitió concentrar sus recursos en Europa occidental. Su primer movimiento por la senda del dinasticismo le reportó un éxito brillante, la adquisición de la corona de Portugal en 1580. Fue un movimiento muy enraizado en la tradición ibérica. Las Coronas de Aragón y de Castilla habían sido unidas mediante un matrimonio y una guerra frente a la unión alternativa de Portugal con Castilla. Pero muchas personas en la Península Ibérica esperaban que se presentaría la ocasión para una unidad en esta otra dirección. Los portugueses necesitaban la plata americana de Castilla para su comercio con Asia. Las experiencias portuguesa y castellana en combatir a los musulmanes en el norte de África y en conquistar imperios de ultramar, aunque muy diferentes en el detalle, eran enteramente comprensibles de uno para otro. Discurría un vivo intercambio cultural entre los grupos instruidos, con la ventaja de dos lenguas muy próximas. La Casa de Austria continuó con la tradición Trastámara de cruzar frecuentes casamientos con la dinastía portuguesa de Avís. La oportunidad para la unión se presentó cuando el rey Sebastián de Portugal cayó guerreando con los musulmanes en 1578 y cuando el último rey Avís murió en 1580. Probablemente Felipe II tenía los mejores argumentos, y políticamente los más lógicos, para el trono portugués. Una rápida invocación a Marte, en la persona del duque de Alba, resolvió el caso. A diferencia de los Países Bajos, no había problema religioso. Al contrario, Felipe pudo sobornar a importantes personajes portugueses no sólo con la plata americana sino también con rega-

los propios, grandes colecciones de reliquias sacras. Fue cuidadoso en observar las reglas básicas de las monarquías compuestas. Hizo que su sucesión fuera avalada por las Cortes portuguesas. Era evidente que tanto Marte como Mamon cumplían su papel, pues tan sólo el año anterior las Cortes se habían pronunciado en contra del candidato español. Juró observar todas las leyes portuguesas y utilizar el portugués en todos los documentos oficiales. Nombraría tan sólo a portugueses en cargos oficiales, incluso los que se hallaban en ultramar, y permitió que el reino conservara su propia moneda. Tanto en términos prácticos como simbólicos, Felipe II demostró que esta solución estaba muy alejada de una simple extensión del imperio español al rechazar adoptar Lisboa como su capital permanente, una sugerencia que le hizo, atento a consideraciones estratégicas y económicas, ese viejo imperialista borgoñón, el Cardenal Granvela.<sup>43</sup>

Las dos iniciativas siguientes de Felipe II no fueron ya especialmente dinásticas, y ambas se saldaron con fracasos. La campaña de la Armada contra Inglaterra en 1588 y la intervención española en las guerras civiles francesas, en la década de 1590, fueron híbridos de guerras dinásticas y totales. En Inglaterra Felipe adujo que actuaba como el heredero designado de la ejecutada reina María de los escoceses y en Francia actuó para apoyar los derechos sucesorios de su hija Isabel. En ambas empresas, sin embargo, la religión y la política de gran potencia jugaron un papel central. No es de extrañar que los objetivos últimos de Felipe en ambas empresas y el grado de su éxito o fracaso sean aún materia de controversia entre los historiadores actuales.

En las postrimerías de su reinado, Felipe II intentó una vez más una solución dinástica a la guerra de los Países Bajos. Transfirió la soberanía sobre ellos a su hija Isabel y a su marido, el archiduque Alberto de Austria. El gobierno por la Casa de Austria fue preservado, pero la conexión con España quedaría cortada. Pero de hecho no fue así. Isabel y Alberto no recibieron facultades para concluir una paz con los rebeldes holandeses, que ahora se habían organizado como las Provincias Unidas de los Países Bajos. Pero los Austrias españoles ya no aspiraban a una victoria total. Con todo, habría de pasar todavía otro medio siglo para desenmarañar los conflictos entre poten-

43. Para una exposición breve sobre la anexión de Portugal, véase J.H. Elliott, *La España imperial, 1469-1716*, Barcelona, 1965, pp. 290-300.



cias y la colisión de imperios marítimos con los que la guerra de los Países Bajos se había enmarañado.<sup>44</sup>

En la Península Ibérica, las presiones de la guerra provocaron que el gobierno castellano de la Monarquía olvidara las reglas básicas de las monarquías compuestas y empujara a los otros reinos hispánicos a una guerra que no veían como propia y ante cuyas cargas y pérdidas la Monarquía no podía ya ofrecer una protección suficiente. Los resultados fueron las rebeliones en Cataluña y Portugal y, a la larga, la pérdida total de Portugal y su imperio.

En el continente las guerras de los Países Bajos se habían ido extendiendo a través de alianzas político-religiosas hasta convertirse en una guerra civil de alcance europeo, la Guerra de los Treinta Años.<sup>45</sup> Al inicio la Casa de Austria obtuvo en Bohemia la victoria total que siempre se le escapó en los Países Bajos. Pero esta victoria no fue lograda por sus propias fuerzas, sino por las de Baviera. El coste de esta ayuda, como el coste de la casa de los gigantes en Walhalla, en *El anillo de los nibelungos* de Wagner, resultó desastroso para todos, pues convirtió lo que parecía una victoria total en un problema paneuropeo que se hizo insoluble en términos tanto puramente dinásticos como puramente religiosos. Los estadistas que elaboraron la Paz de Westfalia de 1648 tuvieron que dar deliberadamente la espalda a la política desarrollada a lo largo de los cien años anteriores. Hasta cierto punto, volvieron a la pauta de relaciones internacionales europeas de 1500. Pero tuvieron que ir más allá. La preparación intelectual para tal avance la había aportado el desarrollo de las doctrinas del derecho internacional. Varios de los estadistas en las negociaciones de paz de Westfalia habían leído el *De iure belli ac pacis* de Grocio. Los tratados internacionales ya no serían más la confirmación de una esquiva unidad de la Cristiandad, sino una parte de su derecho internacional, que sería garantizado por los signatarios –con la fuerza de las armas, si así fuese necesario– contra cualquiera que lo perturbara. Los que suspiraran por algo más idealista o más provechoso podían aún enroscarse en las campañas de la Casa de Austria contra los turcos en los Balcanes,

---

44. Para los detalles de las negociaciones hispano-holandesas, véase Jonathan I. Israel, *La república holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*, Madrid, 1997.

45. Esta es la designación de mi capítulo sobre la Guerra de los Treinta Años en H.R. Trevor-Roper, dir., *La edad de la expansión. Europa y el mundo desde 1559*, Madrid, 1988 (ed. or., 1968). Incluido en H.G. Koenigsberger, *The Habsburgs and Europe, 1516-1660*, Ithaca, Nueva York, 1971, pp. 219-285.

levantar imperios, convertir almas para Cristo y amasar fortunas en las Américas, las Indias orientales o en África.

El siglo que siguió a la Paz de Westfalia fue una época de guerras de sucesión en Europa y de guerras por los imperios ultramarinos fuera de ella. Las monarquías compuestas, y no las monarquías nacionales o las naciones-estado, eran todavía la norma, y no causa sorpresa que el fracaso dinástico de la Casa de Austria en España llevara a la más larga de las guerras de sucesión. Pero ni esta guerra ni las de Sucesión de Polonia y de Austria cambiaron las estructuras sociales y religiosas básicas de los países involucrados en las mismas. Esto también valía para la Guerra de Sucesión Británica que vino tras la expulsión de Jacobo II y que confirmó las confesiones religiosas de Inglaterra y de Escocia y el régimen imperial sobre Irlanda, ya aplicado desde tiempo atrás. No sorprende tampoco que sea solamente en Irlanda y en los Balcanes donde esas guerras quedaron incrustadas en la memoria colectiva popular y todavía hoy sean recordadas tristemente.

Los políticos que trenzaron la Paz de Westfalia y sus sucesores de finales del siglo XVII y del XVIII rescataron Europa de las guerras totales. Pero no renunciaron a Marte y, al modificar los regímenes predominantes pasando del *dominium politicum et regale* al absolutismo —una forma puesta al día del *dominium regale*—, también sobrepasaron los límites dentro de los cuales la anterior estructura de la vida política había mantenido los objetivos y métodos bélicos. Fue un proceso relativamente lento. Pero también hay que verlo como la parte final del proceso que recientemente se ha hecho común estudiar con aprobación, el proceso de formación estatal (*Staatsbildung*), la interpretación *whig* de la Historia vuelta del revés. El proceso abrió el camino para la aparición del nacionalismo moderno, con emociones y objetivos similares a los de la religión durante la Edad Moderna. Sus frutos fueron las guerras totales del siglo XX.

Hoy por hoy, otra guerra total entre las grandes potencias es improbable, porque los avances tecnológicos han hecho que tal guerra sea suicida. Pero la guerra total no necesita de grandes recursos, grandes ejércitos o armas atómicas, tal como Cortés y Pizarro demostraron y los señores de la guerra en Bosnia y Ruanda han confirmado. Igual que la civilización europea se salvó en el siglo XVII abandonando la religión como el motivo político-imperialista principal, también creo que hoy tenemos que abandonar el etnicismo como principal motivo político-imperialista. Este rumbo no va a alumbrar el milenio, pero puede darnos el necesario espacio para respirar. Y es que la historia —y aquí difiero de nuevo de una opinión en boga— no ha llegado a su fin.